1848

AL JÓVEN DOCTOR D. MANUEL GALLARDO.

¡¡TRIBUTO PAGADO AL MÉRITO!!...

Siendo la vida, como dicen todos, el primero de los bienes, el facultativo hábil que nos la conserva, me parece acreedor á que se le dén públicamente las gracias, principalmente cuando las escasas proporciones de la persona agradecida, no le han permitido remunerar, más que muy tenuemente el servicio recibido.

Habrá cosa de veinte y cuatro dias que cayó mi querido hermano, devorado por un tiphus, *casi oriental*, que sin duda debemos al envenenamiento *miasmático* producido por los innumerables cuerpos de invasores é invadidos, enterrados á pelo de tierra, en lugares pantanosos (1). Los síntomas de la enfermedad eran alarmantes, y mandé llamar al instante á mi jóven amigo el doctor D. Manuel Gallardo. No erró en su diagnóstica, y médico *ecléctico*, sobre todo; poco *humorista*, y ménos confiado en los solos efectos curadores de la naturaleza; combatió con una atencion sostenida, en el primer septenario, la inflamacion predominante y el entorpecimiento general que caracterizan al tiphus. Previendo mi amigo los mortales caprichos del azote con que tenia que luchar, mandó en el octavo dia disponer al enfermo; y seguro ya de la salud del alma, vió durante el segundo septenario, la enfermedad ceder á sus hábiles esfuerzos, sin haberse martirizado á mi pobre hermano.

Si quisiera prolongar este artículo, añadiria mil cosas sobre las prevenciones que nos hacia mi amigo en cuanto al prolongado golpe de gente que un interés equivocado fija habitualmente, sea en la pieza donde yace el doliente,

(1) Despues de la guerra de los americanos.

sea en la contigua. «¡ *Acuérdense ustedes*, nos decia, *que* « *los más de los enfermos mueren de visitas* ! »...

Reciba, pues, mi amigo el señor doctor D. Manuel Gallardo, y públicamente, las mas sinceras espresiones de gratitud de parte de su verdadero amigo Q. S. M. B. — Capitan, *Pascual Miranda*.

UN PASEO Á LAS CADENAS EN NOCHE DE LUNA.

Algo picado de romanticismo, y amigo (aun en el órden social) de los astros de poco aparato; me gusta en extremo la luna, y mucho más los paseos que origina su brillantez misteriosa. A ellos concurriria más á menudo, si tuviera á quien acompañar; pero, como para completar medio siglo, no me falta ni un geme, me veo por desgracia reducido, en virtud de esta deformidad semi-secular, á un *statu-quo* amoroso, que ni el afamado ministro Guizot, en política, jamas hubiera podido guardar mejor. De lo expuesto resulta que, cuando voy á cualquier parte, suelo distraerme con solo *oir*, *ver* y *contar*.

La vez pasada qué me aventuré en las apreturas del último paseo de las Cadenas, no cabia, con mucho, en la banqueta, la gente que allí pretendia pasearse. Como anchoas en barril, venian todos apiñados; y largo tiempo estuve esperando la coyuntura favorable de entrar en prensa. Por fortuna ó por desgracia, habiéndose presentado un claro, me encajé en él á modo de tecla de clave; y medio tocando el suelo, empezé (diz-que) á pasear. Flanqueábame á la derecha una señora de una obesidad tan portentosa, que receloso de algun derrumbamiento de esta cuadratura humana, me hice á un lado, con la conviccion de que, si á Sísifo, en un tiempo, en lugar de un peñasco, le hubieran sentenciado á que hiciese rodar á una señora de igual volúmen; en muchos siglos, por más que hubiese pujado, jamas hubiera logrado mover á una hermosura de tanto peso.

En el nuevo lugar que llegué á ocupar, me dejé llevar de la ola, y atendiendo á la conversacion animada de dos jóvenes que tras de mí venian, muy distintamente oí estas dulces palabras : «¡Ay! Eulogia, cuán tranquila está la no-
« che!... Mira esos fresnos, ni una sola de sus hojas se
« atreve á mecer el aliento del céfiro. ¡Qué contraste pre-
« senta la calma que reina en el aire, con las borrascas
« que asaltan á mi espíritu!... El mar de fuego que cir-
« cunda mi corazon, obedeciendo á la fuerza de atraccion
« del argentado globo que nos alumbra, agolpa en su flujo
« y reflujo, al rededor de mi alma, sus ardientes olas, y
« me siento abrasar... ¿Qué importa, para nuestro enlace
« que mis bienes de fortuna no igualen á mi amor?...
« Repetirémos lo que nos enseñó nuestro favorito Lamarti-
« ne, hablando de un poeta enamorado y más que des-
« provisto : »

« *Nous allons échouer, tous, au même rivage.*
« *Qu'importe au moment du naufrage,*
« *Sur un vaisseau fameux d'avoir fendu les airs,*
« *Ou sur une barque légère*
« *D'avoir, passager solitaire,*
« *Rasé timidement le rivage des mers?* »

(« En una misma playa naufragamos;
« ¿Qué importa del naufragio en el momento,
« Haber hendido el viento
« En alta nave ó en fugaz barquilla,
« Cual pasajero aislado
« De los mares tan solo haber rozado
« Con timidez la orilla? »)

(Traduccion de Casimiro Collado.)

Acababa apénas de oir esas convincentes razones de tan

furibundo romántico, cuando, por la resaca de gente que fluctuaba, fuí echado al lado de dos hombres pensadores, cuya plática rodaba sobre las *paternales* disputas de los Padres Provinciales de Santo Domingo (1). Uno decia al otro: «¿No te parece esto, amigo, como cosa del cisma de « Occidente, cuando, allá en el siglo XIV, se dividió la « Iglesia, y hubo dos Papas á un tiempo, Urbano VI y « Clemente VII?... Yo te lo juro, que si no fuera por el « suplemento que hace dias, nos echó en el *Siglo XIX* el « padre Servin, hubiera creido firmemente que, al ménos « en los claustros, reinaba la paz evangélica mas completa. « Al contemplar del alto Cielo estas riñas, ¿qué dirá Santo « Domingo de Guzman, nuestro primer inquisidor general, « y el fundador de la órden de los hermanos predicadores « dominicanos? (2) Tambien hablemos claro, ¿porqué « nos han de poner los Padres al tanto de los chismes que « los dividen? ¡Ah! si como antes, fueran ellos nuestros « jueces (3), y los inquisidores encargados de volvernos « chicharron (4), santo y bueno; pero hoy que afortunada- « mente, ha pasado esa moda de acrisolar á los creyentes, « (que no son salamandras); ¿qué nos importa que gobier- « ne la provincia el padre Servin, ó el padre Velasco?... « Sabes tú, ya que hablamos de inquisidores, te diré fran- « camente que, esa palabra de *inquisicion* me lastima el « oido, como antes ofendió á la razon; y no era malo que « á un edificio de tan crueles recuerdos se le variase el

(1) En este tiempo, los Padres Servin y Velasco, por los papeles públicos, se disputaban el provincialato, como dos perros un hueso.

(2) Inocencio III, en 1215, nombró á Domingo de Guzman, primer inquisidor apostólico general.

(3) En 1402, el 1.° de febrero, Bonifacio IX encargó á los provinciales dominicos de España, las funciones de inquisidores generales.

(4) 1482. En el curso de este año, se quemaron en Sevilla 2,000 personas, y se penitenciaron 17,000. El primer auto de fé en México, se celebró en 1574.

« nombre, inscribiendo en la puerta de entrada de aquella « ex-oficina del Santo Oficio:

CASA DE BENEFICENCIA

ESCUELA DE ARTES Y OFICIOS (1).

« Tambien era propio, mandar construir en el patio de « la casa, una hermosa fuente, grabando en una de sus co- « lumnas esos versos de un poeta, á quien horrorizaba la « memoria de los autos de fé: »

« *L'image du grand Dominique,*
« *Brûleur de la gent hérétique,*
« *Trop longtemps attrista ces lieux,*
« *A ce terrible saint succède une onde pure.*
« *C'est prévoyance, il faut à nos neveux*
« *Des remèdes pour la brûlure.* » (Parny.)

(« Harto tiempo la imágen
« Del Gran Domingo, tostador de hereges,
« Llenó esos sitios de mortal tristura:
« Ora reemplaza á tan terrible Santo
« Perenne manantial de agua pura.
« Esta es beneficencia, pues destina
« En él á nuestros nietos, contra el fuego,
« La mejor medicina (2). »)

(Traduccion de Casimiro Collado.)

(1) Diez años despues, se realizó en parte este deseo; porque hoy se ve inscrito en el frontispicio de aquel ex-tribunal de torturas, fuego, despojos y sangre: ESCUELA DE MEDICINA.

(2) Idéntico caso nos presenta la historia de Francia: dejaremos hablar á Dulaure:

«Francisco Miron, prevoste de los mercaderes, á quien la ciudad de Paris es « deudora de muchos ornatos y reparaciones útiles, hizo edificar la primera fuente « que se conoció en la isla de la Cité.

« Esta fuente fué construida precisamente, en el lugar que ocupaba la casa del « padre de Juan Chatel, uno de los asesinos que quiso matar á Enrique IV: di- « cha fuente se sustituyó á la pirámide elevada para eternizar la odiosa memoria « del crímen, del asesino y de los jesuitas sus instigadores: pirámide que Enri- « que IV, por un sentimiento de temor, acababa de mandar demoler.

« Sobre esa fuente, se leia el dístico relativo á este suceso:

« *Hic ubi restabant sacri monumenta furoris,*
« *Eluit infandum Mironis unda scelus.*»

« Hecha esta reforma que indicaba progreso, me parece « que le seria muy fácil al Gobierno proporcionarse recur- « sos para pagar profesores hábiles, que, en esa escuela « de artes y oficios, trasformasen á una multitud de pobres « en artesanos útiles y laboriosos. Estoy seguro de que las « personas de medianas proporciones, los particulares ri- « cos, y aun quizá los mismos Padres domínicos de hoy, « contribuirian á esta obra de beneficencia tan trascenden- « tal. »

Mucho me gustaba esta conversacion, por la sensatez con que hablaba uno de los interlocutores; cuando, por desgracia, vino un nuevo remolino de gente, que me rechazó dos filas más atras. Un señor que portaba bigote, y llevaba del brazo á una señora, se vió sin querer, en la precision de empujar á dos mugeres sueltas, que allí por casualidad se encontraban.

¡Jamás hubiera hecho tal el pobre señor!... «¡Hola!... « ¡hola!... Musiú del bigote!...» le gritó una de ellas; « ¿y porqué no se abrió usted paso así, entre los enemi- « gos, cuando vinieron (1)?... ¿Si será usted uno de esos « muchos, que de las armas no conocen más que la *car-* « *rera*; y que, tan solo que en la nuca llevaran los ojos, « pudieran contarnos algo de los Yankees?... Aprended, « señor del erizado labio y corazon fruncido, que, hace « poco, el mismo Scott, si veniamos por la banqueta, se « bajaba de ella, respetando en nosotras, el bello sexo, *sin* « *preguntar de calidad.* ¡Pobres de los *queritos*, con sus « ojos de muñecos de porcelana del portal... tan azuli- « tos!!...»

Tiempo no le dejaron al dichoso señor de contestar;

Lo que, con más palabras, queria decir:

(Aquí, donde se elevaba un monumento, destinado á perpetuar los furores del fanatismo; Miron reemplazó á este con una fuente, cuyas aguas servirán á lavar la mancha de un crímen execrable.)

(1) En 1847, fecha de la invasion americana.

porque alzándose de repente dos patriotas, que á la sazon en las Cadenas se estaban columpiando, prorumpieron luego: « ¡Poco tiempo!... ¡poco tiempo!... ninfas de la Be- « lla-Union (1); ¿qué *gueros* recuerdos son esos?... ¡qué « ojos azules, ni que verdes!... ¡Chulos eran sus *voluntá-* « *rios*, *carreteros* y *sub-carreteros*, con sus sombreros de « mas picos que una piña!.... Lo que sienten ustedes.... « ¡pobrecitas!... son los tiempos de arrebato que pasaron, « en que, como esos animalitos de muchas patitas, (*vulgo* « arañas) se aprovecharon ustedes de la abundancia de las « moscas. Esa es la única cornucopia, cuya pérdida lloran « sus mercedes; ¡mejor será que callen.... ó sinó!...»

A este tiempo, llegaron afortunadamente unos de la policía, que desbarataron á esta nube, que sin duda iba á reventar; y me volví á mi casa, pensando en los *fenómenos de gordura* (ó hipérboles de manteca, como los llama don Simplicio); *en el lenguaje encumbrado de los románticos;* en *las frituras humanas*; y en *aquellos insectos* que, de rama en rama, fabrican esos tejidos sutiles donde tantos han caido y seguirán cayendo, sin poderlo remediar.

UN OBSERVADOR NOCTURNO.

NOTA. — Quince dias despues de publicado este artículo (es preciso hacer justicia) el Excmo. Ayuntamiento de México, procedió á anchar *el paseo de las Cadenas*, mandando formar otro piso de lozas, *à losanges*, al otro lado de los árboles.

(8) Café donde los americanos, en 47, daban bailes públicos todas las noches. A estas *soirées dansantes*, no concurrian generalmente mas que las mugeres *du dernier choix*, y enteramente *folles de leurs corps*.